

dio a conocer como autor dramático a los veinticinco años con su obra «La espada de Atila»; de 1927 a 1933 fue redactor del «Arbeiter Zeitung», periódico del partido socialista austriaco; en 1934, huyendo del nazismo, se refugió en Praga y, cuatro años más tarde, en Moscú, donde residió hasta el fin de la segunda guerra mundial. A partir de 1945 desempeñó diversos cargos en el gobierno austriaco, funciones que compaginaba con la redacción de libros sobre filosofía, política y estética; concretamente en este terreno, la actividad creadora de Ernst Fischer sólo sería comparable a la realizada por un Georg Lukács o un Gramsci. Hasta enero de 1969 perteneció al comité central del Partido Comunista de su país; su ruptura oficial con Moscú se había gestado un año antes, al criticar sin reservas el «Panzerkommunismus», practicado durante la intervención soviética en Checoslovaquia. Desde entonces, Ernst Fischer vivía —según ha escrito Manuel Lucbert en «Le Monde»— «en una especie de exilio interior que excluía toda reconciliación». Y hace apenas una semana, a los setenta y tres años de edad, Ernst Fischer ha muerto en Deutsch-Feistritz.

Debería ser innecesario insistir acerca de la importancia de Ernst Fischer en el panorama del pensamiento contemporáneo. Líneas arriba se aludía a su prodigiosa elasticidad mental. Esa elasticidad fue la que le permitió ampliar las

ideas estéticas de Marx —generalmente expuestas de forma fragmentaria y accidental— y elaborar una teoría específica, abierta, racional, sintetizada en una obra imprescindible para el hombre de nuestro tiempo: «La necesidad del arte» (2). Frente al abstruso theoretisieren de la «Estética» de Lukács, la obra de Fischer resulta, en el mejor sentido de la palabra, «vulgarizadora». Ernst Fischer es la «praxis», la asequibilidad, la auténtica comunicación de hombre a hombre. Y, además, la libertad mental. «El arte es necesario para que el hombre pueda conocer y cambiar el mundo —afirmaba Fischer—. Pero también es necesario por la magia inherente a él». En la escala de valores de Ernst Fischer no se dan las exclusiones «por sistema»; en ella tienen cabida Mozart y Eisler, Beckett y Brecht, Keats y Maiakovski, Chagall y Picasso... La permeabilidad no está reñida con el marxismo (recuérdese, por ejemplo, la «debilidad» del propio Marx por un escritor «reaccionario» como Balzac).

Imagino que es muy fácil presentar a Ernst Fischer como filósofo «anti-soviético». Los militantes del reaccionarismo desearían que todas las primaveras fuesen «primaveras de Praga». Ernst Fischer no lo deseaba; pero sabía que era «lo probable». Y por eso —por-

(2) Ernst Fischer, «La necesidad del arte». Traducción de Jordi Solé-Tura, Ed. Península, Barcelona, 1967.

que era un hombre improbable— Ernst Fischer comenzó a morir aquella primavera. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

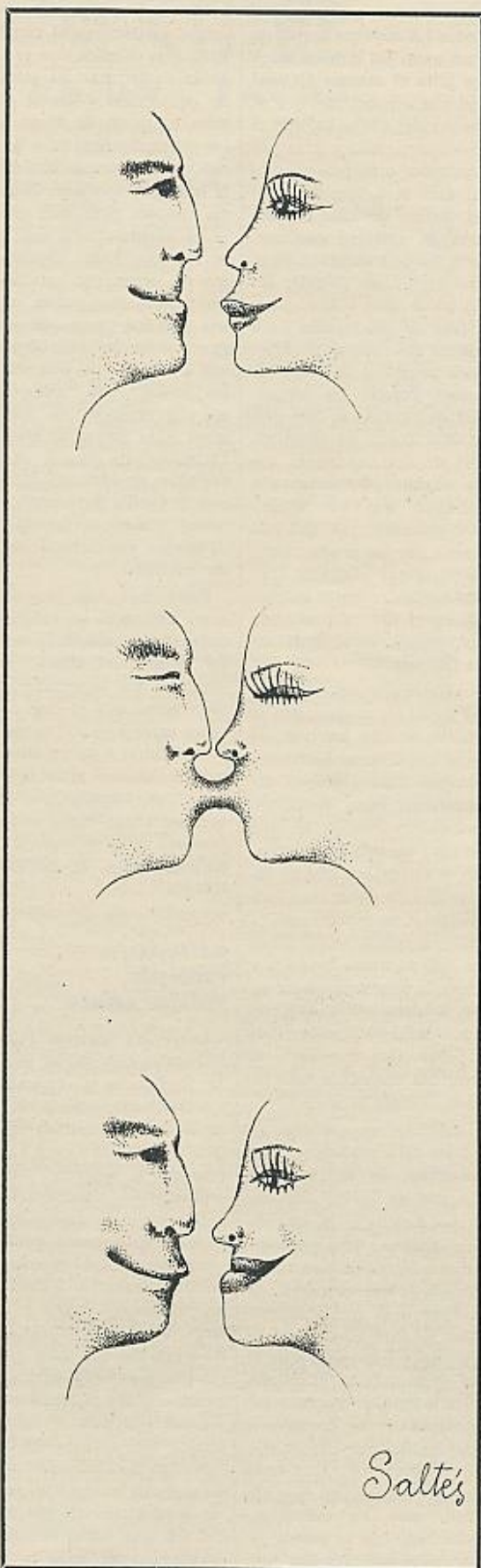
## CINE

### Las metas del cine español

Con este título se ha dado la noticia en los periódicos de los «objetivos previstos para el sector cinematográfico durante el próximo cuatrienio, según informe publicado recientemente por la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos». Los objetivos son: «Producir 350 películas, distribuir en el mercado interior 1.300 películas extranjeras y las 350 nacionales, exportar películas por un importe de 25 millones de dólares, construir y modernizar estudios de rodaje, doblaje y otras instalaciones fijas, invirtiendo en ello 400 millones de pesetas, y construir nuevos cines, mejorar otros 120 y automatizar y modernizar 300 cabinas». Hay luego una serie de apuntes sobre la organización interna de los grupos de exhibición y distribución, y los trabajos a realizar por Cinespaña, el organismo paraestatal dedicado a la venta en el extranjero de películas españolas.

Nadie puede indignarse porque se vayan a construir nuevos cines o porque se señalen unas cifras de producción o exhibición. Tampoco porque se arreglen las cabinas y butacas de esas desvencijadas salas de feria donde se proyectan las películas desenfocadas, en formatos diferentes a los originales, con la mayor despreocupación que imaginarse pueda. Esas reformas que se anuncian son siempre bien recibidas.

Lo que se puede preguntar por enésima vez es si estos objetivos marcados dan en la llaga de los proble-



Ernst Fischer